

Mil invitados celebran en Nueva York la boda de Taylor Swift sin móviles ni cámaras

Solo trascendieron detalles como que los novios vistieron de Dior y que el oficiante fue el actor Adam Sandler

GLORIA SALGADO
Madrid

«¿Esto es lo que sintieron nuestras madres con la boda de Diana de Gales?», se pregunta una seguidora de Taylor Swift en redes sociales, donde la atención se concentra en el enlace de la superestrella con Travis Kelce. El 'sí, quiero' de la artista no ha sido solo el enlace más esperado del año, ha sido un fenómeno cultural capaz de convertir el centro de Nueva York en el escenario de un acontecimiento global. Durante dos días, la ciudad ha girado en torno a la cantante y al jugador de los Kansas City Chiefs, hasta el punto de que muchos medios estadounidenses han hablado de la boda de la «realeza americana».

El secreto que ha rodeado la celebración durante meses no hizo más que alimentar la expectación. Y ésta se mantuvo porque los asistentes respetaron el deseo de privacidad de la estrella del pop. El millar de invitados firmaron un contrato de confidencialidad previo al enlace y no pudieron utilizar teléfonos móviles durante el mismo. Al cierre de esta edición, no se había hecho pública ninguna imagen de los novios, convirtiéndose en lo más comentado.

El escenario elegido tampoco dejó indiferente a nadie: el Madison Square Garden, transformado para la ocasión en un inmenso jardín de ensueño con un castillo. Más que un simple decorado, la escenografía parecía una continuación de la pedida de mano de la pareja, que ya apostó por una estética romántica y cinematográfica. La boda llevó ese mismo universo visual a una escala mucho mayor, con la cantante enfundada en un vestido de Dior confeccionado



El Madison Square Garden luce la pantalla de recién casados tras el 'sí, quiero' de los novios con un juego de letras que alude a sus iniciales, T&T. REUTERS



La cantante abraza a Travis Kelce, jugador de fútbol americano. REUTERS

por Jonathan Anderson en su taller de París —al igual que el traje del novio—, con zapatos de Christian Louboutin hechos a medida y joyas de Cartier, según confirmó la propia firma en un comunicado. Mientras el millar de asistentes disfrutaban de la fiesta tras la ceremonia oficiada por el actor Adam Sandler, el Empi-

re State Building se iluminó de azul en honor a los recién casados. En el exterior, miles de fans soportaron las altas temperaturas para acercarse a los alrededores del mítico estadio neoyorquino, donde las autoridades cerraron un tramo de cuatro manzanas de la Séptima Avenida, una de las principales vías de acceso al cen-



El Empire State, de azul por la boda.

tro de la ciudad, y establecieron un amplio dispositivo de seguridad ante el caos en las calles aledañas.

Solo podían acceder proveedores y los vehículos que trasladaban a los invitados, muchos de ellos con los cristales tintados y protegidos por una gran cortina negra instalada en una enorme carpa a la entrada del recinto.

El alcalde de Nueva York, Zohran Mamdani, que oculta su admiración por Taylor Swift, tampoco fue ajeno al fenómeno. En redes sociales, muchos seguidores comentaban que, por unas horas, Manhattan parecía haberse convertido en el territorio exclusivo de la cantante, donde, por si había dudas, se anunció en una carteles digitales que ya se habían casado con un juego de palabras, «JusT&T Married», por las iniciales de Swift y Kelce.

La ceremonia reunió a algunos de los nombres más conocidos de la música, el cine, el deporte y la moda. Aunque la lista de asistentes era confidencial, los avistamientos por la ciudad y las publicaciones en redes sociales permitieron conocer parte de ella, confirmando la presencia de Selena Gomez, Lena Dunham, Hugh Grant, Jessica Alba, Steven Spielberg, Chris Rock, Tom Brady, Camila Cabello, Ethan Hawke, Karlie Kloss, Dakota Johnson, Ed Sheeran, Bradley Cooper o Gigi Hadid, entre otros.

Algunos de ellos estuvieron en la cena de 'ensayo' del jueves en una de

CRÍTICA DE TELEVISIÓN
JOSÉ E. CABRERO

Tina y Natalie en *The Bear*



Natalie tiene la cabeza hundida en la mesa del despacho y llora. Lloro con los puños cerrados, como quien se ahoga en el fondo del mar, como si tuviera una enorme losa sobre los hombros que le impidiera zafarse

de un desenlace fatal. Los números del restaurante van mal, la tubería se acaba de romper, *The Bear* se inunda y fuera llueve tanto que parece una maldición bíblica. Tina se asoma al despacho y la encuentra así, derrotada. Natalie se recom-

pone con un gesto fingido, pasándose la mano por los ojos como hacen los grandes empresarios antes de ponerse las gafas y decir algo así como «saldremos de esta» o «solo tengo que encontrar la manera». Tina, una de las cocineras, le pregunta otra vez si está bien. Y entonces Natalie se rompe, la mira a los ojos y le confiesa que no puede más. Pero en vez de hablar del restaurante que se derrumba, le habla de su hija. Le susurra que apenas la ve, que se siente culpable, que siente un pellizco en el

estómago que le supura por los poros de la piel. Y entonces le cuenta, avergonzada, lo que de verdad está pensando: si cierra el restaurante al que le echado tantas horas, si fracasamos aquí y vuelvo a casa, todas las horas que perdí con ella, todas las veces que no le di las buenas noches ni la llevé al colegio, todos esos ratos que deberíamos haber pasado juntas, todos habrán sido en balde. Tina la mira con esa sonrisa que solo da la experiencia, esa mueca comprensiva de la que prepara el bofetón necesario:

cariño, eso es vivir, le dice. Será siempre así, insiste, porque la vida es eso. Silencio. Pero, ¿qué es peor?, pregunta Tina a Natalie y, de paso, a todos los demás, ¿estar presente con la mente vacía, transmitiendo una tristeza abrumadora a lo que más quieres o, por el contrario, aprovechar los momentos que tengas para que tus ojos iluminen a tu hija con la ilusión de la madre que hace eso que quería hacer?

Una escena minúscula y enorme en la última temporada de *'The Bear'*. Para digerir despacio.